

E.S.T. Y XENOFOBIA: TESTIMONIOS LITERARIOS EN LA FRANCIA DEL SIGLO XVIII

Lydia Vázquez Jiménez

Universidad del País Vasco

EL “mal español”, el “mal inglés”, la “peste indiana”, distintos apelativos que conocerá en el siglo XVIII la sífilis, también llamada en ocasiones “viruela” o “pequeña viruela”. En España, incluso, se le temió bajo la denominación de “la enfermedad francesa”. El porqué de una reacción xenofóbica frente a toda enfermedad contagiosa, pero de manera especial frente a las enfermedades sexualmente transmisibles, es algo sobre lo que debemos reflexionar hoy más que nunca, cuando el peligro del SIDA reside tanto en la dramática realidad que comporta como en las actitudes que genera.

Lo desgraciadamente constatable, ayer como hoy, es que las voces que se alzan contra el peligro de contacto con el Otro no proceden solamente de las filas de un sector poco favorecido socialmente y por lo tanto poco informado y más propenso a miedos infundados, sino también, con mayor o menor intencionalidad, desde las filas de los denominados pensadores, intelectuales, literatos. Actitudes tanto más peligrosas cuanto que su difusión es mucho mayor que la del rumor o la conversación callejeros. Su carácter sentenciador, por su esencia impresa, es mucho mayor.

No tomo la palabra, pues, en tono de alabanza de una literatura que sin duda está ahí, afortunadamente, para luchar contra los fantasmas xenofóbicos que, en periodos de crisis, amenazan con la deshumanización del hombre. Al contrario, pretendo, desde estas líneas, poner en guardia contra otra literatura, desgraciadamente, de más peso mediático. Una literatura xenófoba, al servicio de un poder que ve con agrado el aumento de actitudes sexistas, racistas e intolerantes de todo tipo como una vuelta a valores ultraconservadores pretendidamente consolidadores de las estructuras sociales.

Creo que es un deber intelectual alertar contra tales infamias periodísticas pseudocientíficas o pseudoliterarias, apoyadas por falaciosos argumentos médicos, antropológicos o filosóficos.

Pero no creamos que los escritores al servicio de la intolerancia han nacido después de Le Pen, y que los artículos periodísticos en pro de una no represión de seres distintos “por genes o por vicio” son fruto de un cinismo ideológico propio de finales del siglo de los conflictos bélicos mundiales y de la aniquilación del continente africano. Tan viejo como el mundo, el pensamiento reaccionario ha adoptado en muchas ocasiones la faz del progresismo para así enmascarar mejor su verdadera naturaleza. Acerquémonos al ilustrado y tolerante siglo XVIII. Acerquémonos a la ilustrada Francia, nación que ya está en gestación de los valores de libertad, igualdad y fraternidad. Acerquémonos y veamos.

Poco se ha dicho en contra de las *Cartas persas* de Montesquieu. Nombres de tal calibre parecen situarse por encima del bien y del mal. Lo dicho por Montesquieu dicho está.

Palabra de filósofo francés del siglo XVIII, padre de la Tolerancia. Palabra sagrada para nosotros, herederos del cofundador, junto con Voltaire, del pensamiento moderno. Y sin embargo una de esas *Cartas persas* que se apresuró a traducir el prestigioso Marchena es uno de los textos xenófobos antiespañoles más violentos de la época. En ella (LXXVIII), muchos son los argumentos que se utilizan contra un país que es oprobio de la humanidad. El más notable, los españoles serían los transmisores de la sífilis, que habrían contraído en América.

Cierto es que la crítica a la España intolerante, retrógrada, refractaria a las Luces que invaden el resto de Europa, a esa España inquisitorial que sin duda existe, es un lugar común del pensamiento ilustrado no sólo francés sino europeo en general, incluido el pensamiento español afrancesado. Y todos los topoï de la historia negra española se blanden en esas “anti-odas” ibéricas que pueblan el panorama literario desde Montesquieu hasta Fleuriot de Langle pasando por todos los escritores del siglo, ensayistas, novelistas y hasta epigramistas. No podría faltar la Conquista de América. Bartolomé de Las Casas inspira las críticas antiespañolas. Más vale, decía ya Montaigne, comerse a los hombres una vez muertos (aludiendo al canibalismo achacado a los indios caribes) que asar a los vivos (aludiendo a la crueldad de los conquistadores españoles). Nada de lo aportado por los españoles del Nuevo Mundo merece la pena. Voltaire nos saca definitivamente de dudas en su *Cándido*:

Al acercarse a la ciudad, se encontraron con un negro tendido en el suelo, apenas vestido con un calzón de tela de saco de color azul. Le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha: Dios mío, le dijo Candide en holandés, ¿qué haces aquí, amigo mío, en un estado tan lamentable? —Espero a mi amo, el señor Vanderdendur («diente duro» con sonoridad holandesa), el famoso negociante, respondió el negro—. ¿Y es el señor Vanderdendur quien te ha tratado de aquesta suerte? dijo Candide. —Sí, señor, dijo el negro, tal es la costumbre. Nos dan tan sólo un calzón de tela de saco por vestimenta dos veces por año. Cuando trabajamos en las azucareras y la muela nos pilla un dedo, nos cortan una mano; cuando queremos escapamos, nos cortan la pierna. Ambas cosas me acaecieron. A este precio, señor, estáis comiendo azúcar en Europa.

Ni siquiera los materiales más codiciados, oro y diamantes, ni los productos ultramarinos más exquisitos podrían justificar tan dudosa expedición. De hecho, los productos alimenticios parecen ser comportadores de secuelas en el organismo europeo más que dudosas (correrán chorros de tinta sobre los efectos excesivamente estimulantes del chocolate, del café, del tabaco, excitantes genésicos pero alteradores del equilibrio nervioso). En ello insiste Voltaire, esta vez generalizando la falta a toda Europa, en sus *Fragmentos históricos*:

Nuestros pueblos europeos descubrieron América con el único fin de devastarla y regarla de sangre; así, a cambio obtuvieron cacao y azúcar y otros productos que fueron transportados a las mesas de los grandes burgueses de París, Londres y otras ciudades europeas, y ¿para qué? Para consumir más especias que otrora en una mesa principesca, para llenar a simples ciudadanas de más diamantes que los que lleva una reina el día de su coronación; para envenenarse continuamente las narices con un polvo infecto, para atiborrarse por capricho de ciertos licores inútiles.

Nociva para ambas partes. De la lectura anticolonialista, igualitaria de los textos antiespañoles cuando se trata de invasión y de esclavitud, se pasa enseguida a una compleja

materia, la sífilis, frente a la que los ideólogos adoptan inmediatamente la actitud del avestruz. Negros e indios son *buenos salvajes*, pero siempre y cuando no se mezclen con los europeos, raza perfecta. Así, el indio, defendido como buen salvaje frente al civilizadamente cruel español, resulta ser un elemento perjudicial en contacto con los españoles. El «encuentro» también ha traído a Europa enfermedades hasta entonces desconocidas.

De la misma manera que las enfermedades tradicionales del europeo diezmaron la población autóctona, hasta el punto de tener que ser sustituida por africanos traídos expresamente para la ejecución de las tareas más duras, difícilmente soportables por los blancos, asimismo la sífilis era una enfermedad tolerada por la naturaleza india y no así por la del europeo. La sífilis se propagará como la peste en una Europa tan ilustrada como hedonista. Y con ella la xenofobia basada en estas teorías.

También los negros procedentes de África en América fueron acusados de ser los portadores de la enfermedad. Aunque en general se acusó a los negros de transmitir sexualmente un mal peor que la sífilis, la vida. Veamos el tono lepenista del discurso de un antiabolucionista, D. H. L'Amiral, en su obra *África y los africanos*:

El negro que use de su derecho a venir a Francia, e incluso a traer riquezas que ya esté en derecho de adquirir, casará a sus hijos con franceses. Los hijos conservarán parte de su color y de aquí a veinte años, veremos sólo negros y mulatos en Francia(...) Ese germen pestilente será aún más funesto que esa vergonzosa y mortal enfermedad que también nos ha venido del nuevo mundo.

No por casualidad se repanden teorías reaccionarias en tomo a las E.S.T. Estas se propagan en general en periodos de prosperidad, de libertades políticas y sociales. Lógicamente. Habría que preguntarse en todo caso el porqué de la falta de prevención y combatividad frente a ellas. De cualquier forma, su propagación es un argumento excelente para quienes, desde una perspectiva retrógrada, intentan combatir ese clima de humanismo, de tolerancia, de intercomunicabilidad entre los individuos más allá de diferencias étnicas, sociales, nacionales o sexuales. ⁴

Y para acabar con desafueros tales como la mezcla de razas, de naciones con la que antes amenazaba L'Amiral, nada mejor que buscar para encontrar el mal en el Otro. Los razonamientos no pueden ser más serios. Simplemente, si el Otro no es como nosotros, parámetro de perfección en el ejercicio del parangón interétnico, es porque es más animal. De hecho, en la escala de la evolución de los seres vivos habría un paso por gradaciones del mono antropoide al europeo, véase al francés –o al español–, donde se situarían razas y naciones distintas de las del teorizador en cuestión.

Así lo sugiere eufemísticamente el autor anónimo de la versión abreviada del *Viajero francés* (París/Amsterdam, 1812) cuando constata lacónicamente que *en el reino del Benín, las ovejas tienen pelo y los hombres lana*. Así lo dice abiertamente el científico J. A. Perreau en sus *Estudios sobre el hombre físico y moral* (París, Anales de Agricultura, 1797, p. 158); parece ser que *si los animales atacan a los negros es porque no reconocen en su fisonomía a un hombre, pues su esencia se ve escondida tras ese oscuro velo*. Así lo afirma categóricamente Rousselot de Surgy en sus *Reflexiones Interesantes* (París, 1765, vol. X, pp. 164 a 166):

Los negros no razonan, no son espirituales, carecen de toda capacidad de abstracción. Tienen una inteligencia que parece inferior a la observada en los elefantes. Su conservación, su

placer, son sus únicos móviles. Sólo eso les mantiene despiertos, les hace vencer la extrema pereza a la que les conduce la naturaleza. La unión a su familia, a sus hijos, es efímera, dura, como en el caso de los animales, el tiempo del apareamiento y la cría (...). Su naturaleza es perversa; no hay ni un esclavo al que no le guste robar, o que no esté dispuesto a vender a sus hijos por un poco de aguardiente. Tal retrato les asemeja a los orangutanes, e iguales serían si no hubieran progresado algo gracias a sus contactos con los europeos y los moros.

Pero ¿qué relación existe entre la cuasi-animalidad del Otro y su excepcional capacidad transmisora de enfermedades sexuales? No sólo por razones elementales de falta de higiene y cuidados médicos que conlleva todo primitivismo. Además porque de todos es conocido que la concupiscencia es un atributo que comparten animales y razas infrahumanas a partes iguales. Canibalismo y promiscuidad (no sólo muestran una fuerte inclinación a la práctica del sexto sentido, es decir, el genésico, sino que su desnudez permanente y su falta de leyes sociales a ese respecto, favorecen dicha práctica con cualquiera y en cualquier momento), en una curiosa amalgama de todos los apetitos en este imaginario reaccionario, definen una inmoralidad innata de indios y negros que sólo puede provenir de su falta de alma. Resulta curioso, sin embargo, que el discurso progresista del buen salvaje atribuya idénticos deseos carnales en su doble vertiente a las mismas razas. Frente a la decadencia y la crueldad refinada del europeo, se reivindica la energía del primitivo. En cualquier caso, son la vía de transmisión de enfermedades sexualmente transmisibles.

Evidentemente, de la negativización de la concupiscencia se pasa a la atribución de la libinosidad. Y de esta a su gran afición al libertinaje y/o la sodomía. Y del libertinaje y la sodomía a la transmisión de la enfermedad *contra natura*. Aquel que en Europa es portador del virus de la sífilis, es inmediatamente sospechoso de degeneración, de marginalidad. El exceso de práctica del sexo lleva a una pérdida de fuerza que se traduce en la pérdida de virilidad, en el afeminamiento. Del libertinaje a la homosexualidad se pasa, de nuevo, gradualmente. La marginación del portador adquiere, pues, unas dimensiones de lo más complejas, debido a la multiplicidad de sus orígenes. El enfermo se ha mezclado con animales. Él o quien le haya transmitido la sífilis, que para el caso es lo mismo. Se ha mezclado fuera de los sagrados lazos del matrimonio. Ha tenido, muy probablemente, relaciones íntimas con personas de su mismo sexo.

Si el discurso francés en tomo a la sífilis hace, en general, de ésta una enfermedad española o india (luego veremos que también puede ser inglesa), ingleses y españoles la contemplan como de origen francés. Del origen animal, primitivo de la enfermedad al excesivamente civilizado, al decadente. Sólo unos degenerados como los franceses de la época de la Regencia son capaces de tal libertinaje y de practicar la sodomía y la homosexualidad a pesar de los terribles castigos que pesan sobre ellas. Francia está llena de petimetres y petimetras, y todos ellos infectados. Baste citar a la libertina marquesa de Merteuil de *Las Amistades peligrosas*. La muerte o el aislamiento forzoso en un convento aguardan a todo aquel/aquella que haya osado desafiar las mojigatas leyes de procreación que dicta la naturaleza. Desgraciadamente, las marcas físicas impiden la ocultación. Una prueba más de que se trata de un castigo divino a quien ha infringido las leyes de la "homogamia", traspasando las fronteras raciales, nacionales o sexuales.

Así que el aislamiento, la muerte social es la única posibilidad que queda al superviviente. Doblemente trágica para quien, como él, la ha contraído por su deseo de comunicación sensual.

Es el caso de muchas de las amigas de Eulalie (*Correspondencia de Eulalie o cuadro del libertinaje parisino*, anónima, 1785): de Rosette, a quien el Caballero de P*** le ha pasado una “galantería” (nombre utilizado para cualquier E.S.T. en la Francia galante y libertina), de Florival (en este caso es ella la que la pasa a un sirviente del presidente de S***) y de tantas otras. Asociada a los viajes, esta enfermedad, para aquellos que la contraen, es en las novelas pornográficas del siglo XVIII el resultado lógico después de *haber bogado por mares llenos de peligros* (*Correspondencia de Eulalie en L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 4, p. 90).

Nougaret, uno de los grandes autores libertinos de *esos libros que se leen sólo con una mano* en la segunda mitad del siglo XVIII en Francia, dedica todo un capítulo al tema en su *Lucette o el progreso del libertinaje* (1765). El capítulo VI se titula “*enfermedad imprevista*”. En el reconoce Nougaret que la enfermedad proviene de *regiones lejanas* y que ataca más de este lado del océano, donde no estamos acostumbrados, que de aquél. También Nougaret condena la mezcla con aquellos indígenas, sobre todo cuando las causas han sido puramente económicas, pues se ha ido allí a buscar el vil metal, del que la sífilis es *digna compañera*. Lucette, por culpa de la enfermedad *de moda en París* se ha vuelto *fea y ya no merece la atención del lector*. Muerte social, muerte física, muerte en el imaginario dieciochesco. Nada parece poder conjurar el *mal extranjero*, ni siquiera la literatura puede con él. Así que seguimos con las atribuciones exteriores.

También puede ser un “mal inglés”. La prueba de que la xenofobia no conoce de lógicas que no sean la propia suya, interna, es que un pueblo a quien se le atribuye la melancolía como rasgo esencial de su carácter, a quien se le considera frío, nada sensual, se le denuncie como propagador de una enfermedad sexualmente transmisible. Para que el culpable sea el Otro, los caminos de la argumentación humana son insondables. Así nos lo demuestra Dufort de Cheverny quien, en sus *Memorias* (1763), culpa a un médico inglés de su enfermedad. Hosti, famoso médico que practicaba, como el resto de sus colegas ingleses, la prevención de la “viruela” gracias a la inoculación, se había trasladado a Francia para probar fortuna con un método de curación ya implantado en Inglaterra pero no así en Francia. Y es que en este país el miedo a la inoculación y la incredulidad frente a los supuestos avances científicos procedentes de esa nación tradicionalmente enemiga habían frenado por completo dicha práctica. Nuestro memorialista decide probar suerte, más que nada para combatir la psicosis creciente de que hace prueba su mujer frente a la gran cantidad de casos que se dan a su alrededor. Los resultados son tremendos. Tras vacunarse a sí mismo, a su mujer y a su hijo, de la mano del famoso doctor inglés, su hijo y él se ven, tras un periodo de terribles sufrimientos aparatosamente detallados, al borde de la muerte, salvados *in extremis* y desfigurados para siempre.

En la novela anteriormente citada de Nougaret, *Lucette o los progresos del libertinaje*, uno es el capítulo dedicado a la enfermedad, pero varios lo son a las posibles curas. Todos los métodos son empleados al servicio de una lucha rabiosa por la supervivencia. Dentro de estas prácticas curativas seriadas, ocupa, claro está, un lugar privilegiado, la cura inglesa o inoculación, con los efectos nefastos que ya hemos visto anteriormente. Si Lucette había conseguido esconder su mal tras una apariencia de languidez que le sentaba de maravilla, el mal inglés (*Oh! Maravillosa inoculación qué de prodigios obras! Vuelves enfermos a los sanos con la promesa de preservarlos de todos los males* –cap. VII–) la deja marcada y deformada. A punto de morir, Lucette encuentra a un joven médico, naturalista ya, que, *sin hablar ni en latín ni en griego a nuestra heroína*, intentó *destruir la enferme-*

dad gradualmente, y con prudencia y penetrándola de su virtud sobrenatural, consiguió curar a nuestra heroína.

La temática de la cura aparece tan importante como la enfermedad misma en la literatura no sólo médica y científica sino también de ficción, hasta el punto de que la literatura pornográfica del siglo XVIII, a partir de los años 60, multiplica sus páginas sobre las E.S.T. en general y la sífilis en particular. Más que *libros para leer sólo con una mano* parecen tratados, ensayos aconsejando a profesionales y aficionados distintos modos de prevención y de cura. En cualquier caso, los ingleses no sólo no han acertado con el método curativo, sino que, cuando la cura no funciona, es evidentemente culpa suya.

En suma, los ingleses, que quieren a toda costa inocular esta enfermedad, quién sabe si conscientemente, en el continente europeo, son causantes también de su propagación.

El primitivismo y su libidinosidad consecuente (mal indiano, mal africano, mal, español), la decadencia y su degeneración subsiguiente (mal francés), la estupidez congénita y sus peligrosas consecuencias (mal inglés) vendrán siempre de los Otros, de otras razas.

Y si no queda más remedio que admitir que el origen de estos males puede estar en nuestra misma raza, provendrán de otras naciones. Y si los encontramos en nuestro seno, entre nosotros, siempre traído de fuera por supuesto, los causantes del contagio son aquellos elementos dentro de nuestra propia nación que, por su marginalidad (en su comportamiento sexual y/o social), necesitan del contacto con otras naciones, con otras razas, con otros en general. Ellos son los culpables. Aficionados a la sodomía, a los intercambios con seres humanos de otras partes del mundo, a las aventuras, a vivir. La ley de extranjería francesa que contempla que todo francés que albergue a un extranjero en su casa debe dar cuenta de ello, de su llegada y de su partida, no es tanto una ley que pretende el control de los extranjeros que entran en Francia (fácil de llevar a cabo sin necesidad de llegar a esos métodos) como de los franceses que se mezclan con los extranjeros. Si volvemos a la endogamia, nuestra raza, nuestra nación, nuestra familia todavía puede salvarse.

Prietas las filas del nacionalismo, del racismo y de otros ismos endogámicos. Ayer, hace doscientos años, como hoy. Las E.S.T. no pasarán. Basta con cerrarnos al Otro. A la vida. Porque la primera E.S.T. es la vida, sexualmente transmisible y hereditaria. Y también mata.